

X.

Un mes despues, la cabaña de Catalina, sin haber perdido nada de su aspecto exterior, se habia embellecido en su interior de una manera considerable.

Sobre todo, el dormitorio de la jóven estaba adornado graciosa y ricamente.

Encima de una mesa, que sostenia un espejo, habia multitud de cajas y juguetes de tocador, llenos de ricas joyas, flores, lazos y perfumes.

Cómodos sitaliaes y algunos muebles de mujer, de gran precio, lo decoraban; vestíanlo ricos tapices, y en dos pebeteros de oro ardian exquisitos perfumes, á los que era la jóven muy aficionada.

Catalina se hallaba de pié, delante de un soberbio espejo, mirando en él su linda figura; la felicidad y las risueñas esperanzas que alimentaba la habian hermoseado, y nunca habia parecido tan seductora.

Iba vestida como la más opulenta dama de la corte; llevaba un vestido de seda carmesí con peto y delantera de raso blanco, bordado de oro y sujeto á su delicado talle con un grueso cordon, de oro tambien.

A la sazón estaba probándose un lazo delante del espejo, hecho de cinta del mismo color de su vestido y sujeto con una abrazadera de brillantes.

La misma Catalina había formado aquel lazo para prenderle en sus cabellos; después de habérselo sujetado, empezó á dar vueltas mirándose por todos lados y haciendo mil gestos de graciosa coquetería.

Así que lo hubo colocado á su gusto, abrió una caja y sacó de ella un rico collar de esmeraldas, que abrochó sonriendo al rededor de su torneado cuello, haciendo otro tanto al ponerse unos magníficos pendientes que sacó de la misma caja.

—¡Ay, Dios mío! exclamó cruzando después las manos y contemplándose con una especie de dolor jovial é infantil; ¡qué lástima que yo sea tan linda para estar siempre sola, para que nadie me vea! ¡Aquí, en esta cabaña que parece un sepulcro; nadie más que Arturo me vé! ¿Para qué me dará todas estas alhajas, trajes ricos y todo el dinero que deseo, si nadie ha de verme? ¡Extraños caprichos los de los hombres!

Catalina calló y fué á sentarse en un sitial, donde, apoyando la mano en su mejilla, quedó absorta y meditabunda.

—Y después, continuó, ese empeño en no decirme su nombre! ¡Yo lo sé, gracias á Eric, pero no porque él me lo haya dicho! ¿Qué temerá? ¿Por qué guardar tan riguroso incógnito? ¿Será criminal? ¡Dios

santo! ¡Qué idea! ¿Será algun hombre perseguido? Pero, aunque lo sea, no importa! añadió la jóven con un movimiento de generosa exaltación; ¡es bueno, es noble y le amo! además, ¡es tan hermoso... y parece amarme tanto á su vez!...

Estas palabras llevaban de nuevo á Catalina al terreno de las reflexiones; luego alzó la cabeza con una inexplicable expresión de enojo y desaliento, y murmuró:

—¡Bueno... noble... hermoso... enamorado!.... todo esto eran Madox y Durham y ya ni me acuerdo de ellos, ni ellos se acuerdan de mí!... ¿Qué es el amor de los hombres?... ¡Sueño vano que pasa sin dejar señal alguna, ó nube borrascosa que se lleva todas las ilusiones y todas las creencias del alma!..... ¡Sólo hay una cosa positiva..... el oro... y el poder!... ¡Lo demás es humo... sueño... nada!

Catalina volvió á quedar pensativa; luego se levantó lentamente y volvió al espejo.

Acababa de llegar á él, cuando se abrió silenciosamente una puertecilla excusada, situada en el ángulo de la derecha de la mesa de tocador, y un hombre apareció en ella.

Catalina le oyó entrar y se volvió vivamente.

—¿Os parezco bonita? le dijo sonriéndose, pero sin ir á abrazarle.

—¡Sí, demasiado bonita! respondió Arturo sombríamente, pues el recién llegado era el esposo de Catalina.

—¡Demasiado bonita! repitió ésta con ironía. ¿Acaso desearíais que fuese fea?

—No, respondió él; sólo desearia que tuviéseis algo más de juicio y reflexion.

—¡Decis muy bien, repuso la jóven dejándose caer con despecho en un sitial; soy una loca en adornarme así para vivir enterrada en vida, para no ver á nadie, para no ser vista de nadie! Y no sé, en verdad, por qué me dais trajes de seda y joyas, si vuestra intencion es tenerme aquí siempre.

—Catalina, dijo Arturo, hoy me han contado una historia vergonzosa y triste.

—Y ¿qué me importa eso? preguntó la jóven.

—Os importa mucho, porque esa historia..... es la vuestra.

—¡La mia! murmuró la jóven aterrada y perdiendo el color.

—Sí, repuso amargamente el Conde; me la ha contado vuestra abuela, la duquesa de Norffolk, no sospechando que yo os conociera; me habló de amantes, de escándalos, y del destierro que su esposo se vió obligado á imponeros. ¿Por qué me habeis callado todo eso, Catalina?

—¡Ah, perdon, Arturo, perdon! exclamó la Condesa cayendo á los piés de su marido y cubriéndose el rostro con las manos; ¡perdonadme; temí perder vuestro amor si os revelaba mi pasado!

—Lo que habeis temido perder, Catalina, ha sido

el rango á que yo os he elevado, repuso el conde con dolorosa conviccion, porque jamás me habeis querido: ¡sí, lo conozco y lo siento aquí, en mi corazon; jamás he sido amado de vos: y lo comprendo demasiado tarde!

—¿Qué decis? exclamó la jóven; ¿que no os amo yo?

—No, Catalina, á pesar de haberos sacado del destierro, de la nada; á pesar de haber ceñido vuestra frente con la corona de condesa que con tanta honradez y majestad llevó mi noble madre, no me amais, porque lo que predomina en vos es la ambicion... Nacisteis con poco corazon, y ese poco os lo han ido gastando indignos amores... ¡Nada queda ya para mí!

—¡Ah, Dios mio! ¡Cuán injusto sois! exclamó la jóven.

—No espereis ya salir de aquí, continuó el conde sin hacer caso de la exclamacion de su esposa; ántes de saber vuestro pasado, tal vez me hubiérais vencido y os hubiera presentado en la córte como esposa mia, á pesar de lo corrompidas que están allí las costumbres... Ahora que sé lo que habeis sido, no puedo pensar en ello, no quiero avergonzarme de vos, y sobre todo, no quiero exponer vuestra virtud á nuevas tentaciones; porque, sabedlo, Catalina, os amo con frenesi y si me faltáreis á la fé prometida, os mataria!

Catalina se puso pálida y retrocedió hasta la pared.

—No temais ahora, prosiguió su marido; el pasa-

do nada significa para mí; pero desde hoy procuraré amarme para ser dichosa, porque nunca, mientras yo exista, sereis más que mía, ó del sepulcro..... No penseis en salir de aquí; jamás lo lograreis, porque ya os he dicho que os amo y quiero conservaros para mí.

El gran Senescal salió apénas hubo pronunciado estas palabras.

Catalina quedó muda é inmóvil de espanto.

Así permaneció muchas horas; más, por fin, venció su doloroso estupor y pudo, con su valor habitual, mirar frente á frente su verdadera situación.

—¡Dios mio, exclamó, aquí encerrada para siempre! ¿Qué va á ser de mí? ¡Oh! ¡Es preferible la muerte á semejante perspectiva!

El sonido de una trompa de caza interrumpió sus tristes reflexiones.

Catalina corrió á la ventana y vió pasar un lucido cortejo, á cuya cabeza iba el rey Enrique VIII.

Catalina no le reconoció, pues jamás le había visto; pero él se detuvo delante de la cabaña, y oyó que, acercándosele uno de los caballeros, le dijo:

—¿Quiere V. M. detenerse aquí, ó que sigamos el camino?

—Descansaré aquí, respondió el rey dirigiendo odiosas miradas á Catalina.

Esta se puso colorada de sobresalto y de emoción, y aquel sonrosado la hermoseó mucho más.

—Anciana, dijo el rey á Eric; enséñame el camino que conduce á la habitación de esa jóven.

Eric obedeció temblando, y bien pronto el rey y algunos cortesanos se hallaron al lado de Catalina, que aún estaba adornada con su traje de seda y con sus joyas.

—¡Qué hermosa es! murmuró el rey sin cuidarse de saludar á la jóven; nunca he visto criatura más seductora.

Catalina, aún que ignorante de todos los usos de la córte, tuvo el buen tacto de arrodillarse y besar la mano del rey.

Aquella mano, seca y arrugada por una vejez prematura, aquella mano que habia firmado tantas sentencias de muerte, pareció, sin embargo, á la ambiciosa Catalina más bella mil veces, que la hermosa y blanca mano de su marido.

—¿Cómo te llamas? le preguntó el rey levantándola.

—Catalina Howard, señor, respondió la jóven.

—¡Ah! ¿Eres la nieta del viejo Duque de Norffolk?

—Sí, señor.

—¿Pues no has vivido ya en la córte?

—Sí, señor.

—¿Por qué te has vuelto aquí?

—Porque me hallaba enferma.

—Ahora parece que disfrutas de excelente salud y es preciso que vuelvas á Lóndres.

Un relámpago de alegría brilló en los rasgados ojos negros de Catalina.

Paseó en torno suyo una mirada triunfante; pero estuvo á punto de caer desfallecida al ver en frente de ella, contemplándola, sombrío y severo, al Gran Senescal.

Tan visible fué la palidez de la jóven, que algunos cortesanos la advirtieron y siguiendo la direccion de su mirada, descubrieron quién era el objeto de su terror, y se miraron haciéndose señales de inteligencia.

—Catalina, dijo el rey; muchas veces he manifestado á tu abuelo mis deseos de verte, y él aguardaba sólo mi vènia para llevarte á palacio; no obstante, los negocios del Estado me han distraido, lo que no será fácil suceda ahora que te he visto; yo hablaré á tu abuelo y volverás á la córte de la que serás el más bello ornamento; ahora, adios, que anochece y apenas nos quedará tiempo para regresar á palacio.

El rey salió de la estancia, no sin volverse á cada paso para ver aún á Catalina.

Esta le siguió igualmente con la vista, y así que hubo traspasado el umbral, corrió á la ventana.

Allí, ella apoyada de pechos, y él á caballo ya, trocaron el último saludo.

Cuando Enrique desapareció á la vista de Catalina, ésta se preguntó si soñaba y se pasó las manos por los ojos para convencerse de que estaba despierta.

En seguida empezó á bailar y á dar vueltas por el aposento como una persona cuyo juicio estuviese profundamente alterado.

¡La córte otra vez!

¡La riqueza, el fáusto, la adulacion, los placeres!

Aquella perspectiva deslumbraba á Catalina, quien pasó entregada á una especie de fiebre todas las horas de aquella noche, sin que el sueño visitase ni un instante sus ojos.

XI.

En tanto que Catalina se entregaba á todas las agitaciones de una frenética esperanza, el rey de Inglaterra llegó á su palacio, despidió á toda su comitiva y, dirigiéndose á su cámara, mandó al Conde de Essex que le siguiera.

Por una fatalidad inexplicable, elegía para confidente de su naciente amor, al esposo de la mujer que se lo inspiraba.

—Senescal, le dijo, estoy enamorado; verdadera y profundamente enamorado.

Arturo hizo un esfuerzo supremo, y respondió con voz que temblaba á pesar de aquel esfuerzo:

—Creo, señor, que será como otras tantas veces, y ruego al cielo que no sea así.

El rey frunció sus espesas cejas negras y dijo con alguna dureza:

—En primer lugar, te confesaré que estoy enamorado más formalmente que otras veces, y despues te preguntaré porqué razon dices que pides al cielo que no sea así.

—Señor, repuso el Senescal, he dicho esto porque tal vez este nuevo amor sea causa de graves disgustos para V. M.

—¿Por qué?

—Esa jóven me parece en extremo frívola y ligera...

—En efecto, tiene un aire infantil y jugueton y esa es una de sus mayores gracias; me cansé de gravedad con Catalina de Aragon; de talento con Ana Bolena; de sentimentalismo con Juana Seymour, y de impasibilidad con Ana de Cleves.

Al oír al rey enumerar á todas sus esposas, el Gran Senescal palideció como un cadáver.

¿Pensaría Enrique elevar al sόlio á Catalina?

¿No sería sólo un capricho lo que habia que combatir, sino una decision formal y grave?

Éstas reflexiones echaron un nudo á la lengua del Conde, quien durante algun tiempo no acertó á responder una sola palabra.

El rey se paseaba cojeando, con aquella profunda abstraccion que le embargaba siempre que revolvía en su cabeza alguna maldad.

Su paso era muy lento.

No obstante sus continuas cacerías, tenia una pierna cubierta de llagas, y de tal suerte envuelta en vendajes, que abultaba de un modo monstuoso.

Además, empezaba á llenarse de dolores y sus manos se inflamaban horrorosamente durante las primeras horas de la noche.

Los excesos de todas clases, las duras fatigas de la caza, los negocios, el desbordamiento de sus feroces pasiones, y, sobre todo, los extragos de la ira, habian puesto al rey en un estado de salud en extremo deplorable.

Destacábanse de entre su barba negra, sus mejillas cubiertas de una palidez amarilla y biliosa; sus ojos negros y hundidos brillaban con una especie de ferocidad, y su frente estaba casi siempre contraída por el enojo.

Al verle el Conde de Essex, se dijo que la aversion de Catalina hácia aquella figura repugnante y enfermiza, debia ser la mayor garantía de su tranquilidad; así es que, sosegándose algun tanto, trató de responder al rey.

—Señor, le dijo, por mucha gracia que V. M. pueda hallar á la ligereza de Miss Howard, creo que aquella cualidad tiene tambien grandísimos inconvenientes.

—Para mí, no por cierto, repuso el rey; en todo caso los tendrá para ella, pues ya sabré yo tenerla á raya.

—¡Pero, señor! exclamó el Conde; ¿pensará acaso V. M. contraer con esa jóven un vínculo formal?

—¿Por qué no? Ya sabes cómo vivo con Ana, y la verdad, me aburro terriblemente.

—Pero Catalina es una jóven... así... hallada por casualidad... desconocida.

—Es de elevada nobleza.

—Por su padre; pero su madre, señor, era una pescadora.

—El padre es el que hace el linaje.

El Conde de Essex se ahogaba.

Afortunadamente para él, el rey continuaba paseando y no reparaba en la expresion de su rostro.

A la mente de Arturo acudió el pensamiento de declarar al rey que Catalina era su esposa; mas esta idea fué destruida al instante por amargas reflexiones, cerrándole la entrada en su cerebro.

En efecto; ¿qué suponía para el arrebatado y cruel Enrique la vida del Conde, si realmente estaba enamorado de Catalina?

La viudez de ésta era cierta tan pronto como el rey supiese el lazo que la unía al Gran Senescal.

Sin embargo, éste no podía tampoco dejar consumir su ruina sin decir algo; la cólera ardía en su pecho y tuvo que hacer un violento esfuerzo para hablar.

—¿Ha pensado V. M., dijo con voz un tanto serena y grave, en la edad de Catalina?

—Sí, respondió el rey con negligencia; debe tener quince años.

—¡Soy perdido, pensó el Conde; le quita año y medio de los que tiene, y aún así piensa casarse con ella!

Luego, alzando la voz, dijo al rey:

—¿Y no os parece, señor, que hay gran desproporcion entre tan cortos años y los que cuenta V. M.?

El rey se volvió, como si le hubiera herido un dardo, y miró á Arturo con torvo ceño.

—¡Conde, le dijo; veo que teneis empeño en separarme de Catalina, y quisiera saber la razon de una oposicion tan extraña!

—¡Señor, respondió el Conde, no es otra que mi interés por la dicha y tranquilidad de V. M.!

—Dejadme, pues, á mí ese cuidado, repuso el rey ásperamente; Catalina vendrá á la córte, y tal vez sereis vos la persona que yo elija para que la conduzca á ella; ahora dejadme sólo.

El Conde salió vacilando como un hombre ébrio.

Su cabeza ardía; su corazón estallaba dentro del pecho; le parecia que la tierra se iba á hundir bajo sus piés, y que el mundo entero se envolvía en un negro crespon.

Difícil es dar una idea de la pasion de aquel hombre por Catalina, ni de la angustia que prensaba su corazón al pensar en que iban á arrebatársela.

Porque, no podía dudarle, el rey deseaba á Catalina, y para el rey *desear* era *obtener*, pasando por encima de todos los obstáculos, de todas las consideraciones que respetaban los demás.

El rey, así que salió el Conde, hizo llamar al viejo Duque de Norfolk.

Cuando éste se le presentó, Enrique, que no ha-

bia interrumpido su paseo, se dejó caer en un sitial, y le dijo de improviso.

—Hoy he visto á vuestra nieta.

El Duque palideció, y no supo qué responder.

Temia que hubieran llegado hasta los oídos del rey los escándalos de Catalina con sus gentiles hombres.

No obstante, Enrique dispó aquel temor y abrió al Duque un camino para tranquilizarse, prosiguiendo así:

—Ella me ha dicho su nombre, y habiéndole yo preguntado por qué la habiais sacado de Lóndres, me ha respondido que por exigirlo así su quebrantada salud.

—Es cierto, señor, se apresuró á responder el anciano; Catalina se marchitaba aquí como una pobre flor sin sol, y la volví á su cabaña donde tan dichosa habia sido anteriormente.

—Ahora está fresca y linda como una rosa de Mayo, dijo el rey, y es menester traerla para que yo la vea con frecuencia, porque la he hallado adorable.

El ambicioso Duque se estremeció de alegría, y únicamente respondió inclinándose con humildad delante del rey.

—Os prevengo, añadió éste, que hay una persona muy opuesta á que vuestra nieta venga á la córte; esta persona es el Gran Senescal. Averigüad el por

qué de esa repugnancia, y venid á participármelo mañana á estas horas.

—Será V. M. fielmente servido; mañana á estas horas sabrá cuanto haya sobre el particular.

El Duque subió á su carroza y se dirigió á su palacio.

Después se encaminó á las habitaciones de su esposa.

La Duquesa, mujer admirablemente bella en su juventud, habia sido una de las amantes del rey Enrique VII, padre del monarca reinante, y su favor le habia dado tan desmesurado orgullo, que apenas se dignaba hablar ni aun mirar á su débil é intrigante esposo.

Este, que sólo por ambicion habia tolerado los amores de su mujer con el monarca, y aun se habia dado por muy satisfecho con semejantes relaciones, escándalo de toda la córte, no habia sabido sacudir el yugo que le impusiera su esposa, quien á cada instante le echaba en cara que á ella y sólo á ella debia el estar colmado de honores y de riquezas.

El Duque, cansado de sufrir á su mujer, pero no pudiendo ya resolverse á corregirla, tomó el partido de verla lo ménos posible, y los dos esposos empezaron á hacer una vida totalmente separada, pasando semanas y hasta meses enteros sin verse.

No obstante, aquel dia la ambicion llevó al viejo Duque á la cámara de su mujer, que le recibió con la orgullosa frialdad que acostumbraba.

Fuerza es confesar que aquella frialdad desapareció así que el Duque la enteró de lo que pasaba con respecto al rey y á Catalina.

—Ya veis, dijo ella, cuán mal hicisteis en desterrar de casa á vuestra nieta; en los tiempos que alcanzamos, señor Duque, la moral es un precepto ruinoso, y Catalina, con su desenvoltura, hubiera sido el instrumento de vuestra suprema elevacion; ahora es necesario remediar el mal que ha causado vuestra ligereza y averiguar qué vínculos la unen á ese galante seductor, al Gran Senescal; tal vez serán los del amor; pero, aunque fueran los del matrimonio, Catalina está llamada á ocupar el trono de Inglaterra y es preciso que se siente en él; ved cómo os manejaís para que así suceda, y si no podeis lograrlo, dejad el asunto por mi cuenta.

XII.

Al dia siguiente, y á eso de las cuatro de la tarde, el Duque de Norffolk entraba en el palacio real.

El rey le aguardaba con ansia, y así que le vió, despidió con una seña imperiosa á todas las personas que le rodeaban.

—¿Y bien? preguntó afanoso el rey apénas se vió sólo con el Duque.

—Ya he averiguado lo que ayer me mandó V. M., contestó el anciano,

—¿Y qué?

—La pobre niña se muere de tédio en su destierro, pero no se atreve á salir de él.

—¡No se atreve! repitió el rey estupefacto.

—No, señor.

—¿Y por qué?

—El Conde de Essex la ama, y ella...

—¡Le corresponde!

—No, señor; pero le teme.

—¡Temerle, amándola yo y llamándola á mi lado!

—A pesar de eso, le teme, señor; yo no sé qué as